

EDUCACIÓN DE MUJERES EN GUANAJUATO: UNA MIRADA DESDE SUS HISTORIAS DE VIDA

CIRILA CERVERA DELGADO, MIREYA MARTÍ REYES, SERGIO JACINTO ALEJO LÓPEZ

I.- Introducción

La historia de la educación de mujeres es un área que ha venido ocupando espacios importantes en el campo de la investigación educativa en nuestro país; aunque su desarrollo no es homogéneo según las diversas regiones. Entre las ponencias presentadas en los Congresos Nacionales de Investigación Educativa (COMIE 2001, 2003 y 2005) y en los Encuentros Internacionales de Historia de la Educación (SOMEHIDE 2004 y 2006) poco más del 3% se ocupan de la educación de mujeres. Los autores recurren principalmente a la historia oral: biografía, autobiografía, historias de vida, etc., tomando herramientas alternativas como son: la correspondencia, la fotografía, los diarios de clase, entre otras; inscribiéndose principalmente en la historia social, la historia cultural, la historia de las mentalidades, etc. Como es de suponerse, también se sigue haciendo historia con un sello positivista. De estos trabajos, únicamente dos se ubican en el contexto guanajuatense, lo que invita a seguir las sendas en este campo, y más aún, para plantear la posibilidad de empezar a trazar el camino.

II.-Iniciando el camino: los escenarios en la educación de mujeres

La historia social se ocupa por confeccionar una historia viva, la de los actores y protagonistas reales, con sus vidas e historias cotidianas, que se construyen en cada contexto individual y social. Contra la historia nacional, pretende construir una historia

social de los sujetos y sus comunidades, que viven, y por tanto, significan sus propias vivencias.

En la sociedad guanajuatense de mediados del siglo XX, con sus formas culturales, es en donde se desarrollan las historias de mujeres que aquí mostramos. En las décadas de 1940 y 1960, Guanajuato era rural en poco más del 50%; tenía una población de 1 045 490 habitantes para 1940, de 1 328 712 para 1950 y de 1 735 490 para 1960;¹ estas cifras lo convertían en la sexta entidad más densamente poblada del país, y al interior presentaba marcadas desigualdades.

Un acercamiento a las realidades concretas permite profundizar en las influencias o determinaciones que modifican las políticas nacionales. En estas realidades locales se vive diferente, así como se trabaja, se convive, se sueña, se siente y se expresa diferente. En cada localidad hay un conjunto de imágenes en torno a los actores y a los hechos, que moldean la vida cotidiana. Entre estas imágenes están las referentes al ser mujer, y después a ser una mujer “leída” o “ignorante”, es decir, estudiar o no ir a la escuela. Pero esta decisión, suerte o destino, no dependía en exclusivo de las mujeres, sino de quienes la rodeaban: en primera instancia, su familia, después, la comunidad más amplia.

Por tanto, las dimensiones espacial y temporal se entrecruzan, a fin de dar un sentido a las vivencias de las protagonistas, separadas no únicamente por unos doscientos kilómetros, sino por unos veinte años también. Tampoco se comparan, se respeta su individualidad, y sólo en las conclusiones se pueden ver los hilos finos que las hacen parte de una misma historia.

III. Rastreado las huellas: ubicando y construyendo la historia de la educación de mujeres

Recurriendo a sus historias de vida, presentaremos la historia de una mujer que no tuvo oportunidad de recibir una educación formal; un poco en contraste, está la otra historia: la de una maestra, que dedicó su vida a educar de manera formal.

Nuestra primera voz es la de la señora Juanita, vecina de la comunidad de San Pedro del Monte, del municipio de León. Tiene 69 años, es dos veces viuda, tiene cinco hijos y siete nietos. Es curandera, de esas que hablan con las hierbas “mágicas”, que igual cura un espanto que un empacho; atiende a embarazadas y parturientas, y soba sus torceduras a los futbolistas del llano.

Juanita no es una mujer ignorante, aunque nunca haya asistido a la escuela. Sus métodos terapéuticos los aprendió a través de dos vías: la primera es la herencia materna (su mamá fue la mejor curandera de la comunidad); la segunda es producto de la observación de las plantas, de las fases de la luna, de las temporadas de sequía y de lluvia...

Al iniciar la entrevista, se preguntaba qué nos podía decir ella, una mujer humilde, a nosotros, “los que hemos ido a tantas escuelas”. Este es su primer pensamiento: cuenta que nunca imaginó que el mundo cambiaría tan rápido, y que ahora pueda decir que sí le hizo falta ir a una escuela: “Allá en la Huizachera [comunidad donde nació, distante unos tres kilómetros de San Pedro del Monte, en el municipio de León] no había escuela... mis dos hermanos varones tuvieron que ir a Santa Rosa para hacer la primaria”.

El hecho de que las mujeres no tuvieran acceso a la educación formal, no tuvo relevancia alguna para Juanita. Aún ahora, justifica: “Creo que mis papás nunca

pensaron si estudiar era bueno o malo para las mujeres. Simplemente no íbamos [a la escuela] y ya”. Y es que, en la mayoría de las ocasiones, este fenómeno se asume como algo natural, no tenía por qué cuestionarse, ni ser de otra manera.

A pesar de lo anterior, Juanita aprendió “a medio leer”, como dice ella, porque su primer marido era chofer de taxi, y en ocasiones, cuando la “sacaba” a pasear, le enseñaba lo que decían los letreros de las grandes tiendas de “allá, de León”. Después, sus hijos fueron a la escuela y también le ayudaron a aprender otras palabras. “Escribo feo –dice- pero me defiendo escribiendo sus recetas a mis clientes, porque igual que el doctor, les digo qué tomen y la hora en que deben tomar los remedios o ponerse un unguento”.

Juanita no añora la escuela para sí misma. Ese mundo mágico de elementos curativos no le exigía explicaciones que la educación formal hubiera podido darle. Sin embargo, a lo largo del tiempo, sabe que la educación es importante, por ejemplo, para sus hijos, que sí cursaron la primaria. Ahora, dos de sus nietos ya están en la Preparatoria, pero aún duda de que esto sea positivo o necesario.

Otras historias de vida reafirman la de la señora Juanita. Algunas mujeres lamentan no haber podido ir a la escuela. Otras lo ven simplemente como un hecho, de tan cotidiano, natural. Otras hacen consciente este hecho cuando nos dan las entrevistas. A pesar de sus diferencias lógicas, cada historia desemboca en un elemento común: sus hijas ya fueron todas a la escuela, al menos a la primaria. Pero ese cambio no se dio en todos lados por igual, como lo veremos enseguida, mostrando el caso de una maestra, una de las pocas opciones profesionales a las que podían aspirar las mujeres.

Para confeccionar la siguiente historia, nos ubicamos en León, en ese municipio que empezaba a despuntar del resto de las localidades guanajuatenses, y que sin

embargo, tenía el sabor de pueblo pobre. En ese entonces, la industria de la curtiduría empezaba a asentar sus reales en el Barrio Arriba. Allí, en 1933, nació la niña Tere, quien llegaría a ser la profesora María Teresa Ortiz Gutiérrez. En sus años de niñez reconoce la influencia de su madre, quien la impulsaba hacia actividades artísticas (declamación, música y baile). Ahora, la maestra Tere reconoce que su mamá, a su vez, reproducía la influencia de sus propios padres, principalmente de la madre, de quien heredó el gusto por la lectura y el teatro. El papá era profesor de la entonces lejana comunidad de Comanja de Corona.

El encuentro de Tere con la educación se dio a través de la religión. Había una monja de las Madres de El Calvario [la señorita Rosario]: “muy viejita, a quien creo que los padres [sacerdotes] la castigaban mandándola a darnos doctrina a la huerta que estaba aquí, a unos pasos”.² Allí iban los niños del barrio a aprender la doctrina, pero también a encontrarse con las primeras letras, que por cierto, nadie aprendía. No había reglas, ni mesa-bancos, ni pizarrón, nada; la madre Rosario: “una viejecita de esas de vara de membrillo, nos daba hojitas o pizarra para [leer y escribir] las vocales, Después ‘recogieron’ a la madre al Calvario y yo fui [allí] un año. Pero las Madres no tenían ni local, no tenían nada, yo creo que simplemente nos daban doctrina”.³ No obstante, la maestra Tere recuerda con especial gusto las pequeñas piezas teatrales que preparaban todos los niños –ella en primer lugar- con la religiosa.

Su segundo recuerdo es para cuando ingresa a la Escuela Primaria Urbana No. 6 “Leona Vicario”, mejor conocida como la “escuela del Barrio”. Tenía 6 años y corría el año de 1939. Allí era Directora una de las dos personas claves en la vida de la maestra Ortiz: la profesora Ma. de la Luz Quiroz, (la otra sería su profesora de 4º, 5º y 6º grados, Socorrito Valdivia) quien la convertiría en “profesora” cuando Tere estaba en sexto

grado.⁴ En ese año, se decretó que la escuela no fuera mixta, así es que los 25 varones se fueron a otro grupo. Al sexto grado lograron llegar únicamente 8 niñas. El resto había dejado la escuela “porque las mamás pensaban que les podía pasar algo malo a sus hijas cuando iban creciendo; pensaban que era un peligro que anduvieran unas cuantas cuadras solas”.⁵ Por este mismo hecho, la maestra Tere se reconoce como una mujer muy adelantada a su época; pero aún menos que su madre.

En ese año, Tere ya era “llevada” por la maestra Quiroz a los grupos de primero, para enseñar a los niños, sobretodo cuando las profesoras titulares no estaban para atenderlos. La maestra Quiroz era toda una institución no sólo en el Barrio Arriba, sino en el municipio de León.⁶ Era una *hacedora* de maestras. Exhortó a Tere para que pidiera permiso a su madre a fin de que la dejara ir a estudiar a la Normal de Guanajuato: hecho imposible. Entonces el camino fue la Escuela Prevocacional o “Prevo”. Los recursos de su familia no hubieran alcanzado para que alguien estudiara; así es que para sus primeras lecciones de secundaria, usó la misma libreta de sexto año, a pesar de que recibió, gracias a las gestiones de la maestra Quiroz, una beca.

Este personaje la invitaría a trabajar como profesora en “su” escuela del Barrio, cuando Tere iba en segundo de la Prevo; así que tuvo que combinar sus dos actividades, y lo logró gracias a los horarios flexibles que tenía como estudiante.

La maestra Tere recuerda que aunque después fue a la Normal, su verdadera formación le vino de la maestra Quiroz. Ella mandaba y decidía lo que se hacía, cuándo y cómo se hacía. La maestra Quiroz era el modelo para ir peinadas y vestidas. Le pidió a Tere que con el primer pago que recibiera se comprara unas medias para que dejara las tobilleras, un símbolo que marcaría que ya no era una niña, una alumna, sino una señorita, una maestra.

Tere siempre atendió en la Escuela de El Barrio a niños de primer grado. Eran grupos de 75 a 80 niñas. “De esos ‘montoncitos’ todos tenían que saber leer. Mientras pasaba de uno por uno al pizarrón a escribir la letra ‘a’, los demás hacían tres planas de la misma letra. Imagínense: en las muestras de fin de ciclo si tenía unos 60 niños entonces debería tener 60 libretas de dibujo y 60 costuras, todas bien lavadas y almidonadas. Yo no sabía nada científico, esos términos, métodos y técnicas de ahora, pero de que enseñaba, enseñaba”.⁷

Por si fuera poco, la jovencita maestra Tere era la encargada de montar los bailes en la Escuela, en el Estadio, en la Calzada y en el Teatro [...] esos bailes se montaban con 50 parejas. Dice la maestra Tere: “imagínense el compromiso en que me metía al ir a buscar telas, a veces la costurera me robaba la tela... Ahora reflexiono, ¿cómo le hacía yo para convencer a los papás de que me dieran dinero para comprar las telas? Y además peinaba a cada una de las niñas, les confeccionaba los accesorios iguales, las maquillaba a todas...”⁸

En la maestra Tere había arte, pero sobretodo vocación. Responde perfectamente al tipo de profesoras de la época: aquellas que apenas cursaban la primaria eran invitadas a enseñar a los más pequeños, las “señoritas” que vestían y peinaban de acuerdo con el “ser maestra”, que son recordadas por ser exigentes, pero muy queridas y respetadas por lo mismo; aquellas que enseñaban con arte y con técnica; y esto lo transmitían religiosamente a la siguiente generación de profesoras. María Esther Aguirre⁹, comenta, a propósito, que estas costumbres y enseñanzas de las maestras iban formando lazos de lealtad al gremio: no cualquiera podía ser maestra “de las buenas”, sólo aquellas que se apegaran a los cánones establecidos por ellas mismas. Una vez roto alguno, también eran excluidas y hasta expulsadas.

Finalmente, sería el matrimonio el factor determinante para que la maestra Tere terminara su estadía como maestra de la “escuela del Barrio”. Nadie le pidió la renuncia, pero anticipaba que la maestra Quiroz, su impulsora y su modelo, y quien le inspiraba un gran respeto, le haría la vida difícil, como lo venía haciendo con una de sus compañeras que también había decidido dejar la soltería. Además, admite la maestra Tere con un gesto reflexivo: “No lo pensé mucho, era la costumbre de la época, uno se casaba y tendría un marido que se haría responsable de la familia”.¹⁰

Los años necesarios para jubilarse los trabajó en dos escuelas: la Primaria no. 6 y la Primaria No. 16, ambas en León. Nunca aceptó trabajar en otro nivel, ni ser directora, a pesar de reiteradas invitaciones. Siempre se consideró *maestra*.

IV. Las diferencias y los caminos comunes

Las historias de vida de estas mujeres aparentemente, no tienen nada en común. Pero hay varias constantes: la primera y más importante, es que cada una vive su condición de ser mujer; sin rebelarse, pero en todos los casos, superando esta condición; haciendo conscientes sus propias historias: impulsando a sus hijas o alumnas a estudiar, a ir a la escuela; ayudando a entender que ser mujer no es ser menos que los hombres, ni mucho menos un castigo.

Los caminos de su educación son evidentemente diferentes, pero son mujeres educadas informal y formalmente hablando: una aplica sus conocimientos adquiridos por transmisión de su madre en la medicina tradicional; la otra “hecha en el gremio” de profesoras, un gremio que elegía, que posicionaba, pero que también expulsaba cuando se faltaba a sus reglas no escritas, mas respetadas y ejecutadas.

Ahora, en estas mujeres, con sus sendas difíciles, cambiantes, planeadas o fortuitas, está la sensación de seguir cumpliendo con su misión, más que con su papel de ser mujeres.

¹ INEGI, *Estadísticas Históricas de México*, 4ª ed. vol. I, México, 1999.

² *Idem.*

³ Teresa Ortiz / Cirila Cervera, *et. al.*, “Ser maestra: los comienzos”, entrevista realizada el día 11 de marzo de 2006, en el domicilio de la entrevistada, en la ciudad de León, Gto.

⁴ Angélica Peregrina refiere que esta práctica de “alumnas espectadoras”, jugaron un papel muy importante “aunque su capacitación fuese incompleta, porque proporcionó un buen contingente de profesoras, que de alguna manera subsanó el añejo lastre de la falta de maestros”. Angélica Peregrina, “La carrera magisterial: una opción para las mujeres de Guadalajara (1900-1925), en *Sinéctica*, *op. cit.*, pp. 26 y 27.

⁵ *Idem.*

⁶ Esta afirmación se basa en las entrevistas temáticas e historias de vida hasta ahora realizadas en ocasión del proyecto “Historia social e historias de vida. Educación de mujeres en Guanajuato a mediados del siglo XX”.

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

⁹ María Esther Aguirre Lora, comunicación personal durante la sesión del día 4 de mayo de 2006, Seminario de Historia de la Educación, en la Universidad de Guanajuato.

¹⁰ Teresa Ortiz, *op. cit.*

Fuentes consultadas

Blanco, M. *et. al.* (2000) *Breve Historia de Guanajuato*, México, Fondo de Cultura Económica / Colegio de México. Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana.

Fernández, M. T. (2006) “La cultura cívica y de género de dos maestras de Guadalajara, 1920-1980”, en *Sinéctica*, Revista del Departamento de Educación y Valores del ITESO. No. 28, febrero-julio de 2006. México, ITESO.

Galván Lafarga, L. E. (2003), (coord.) *Historiografía de la educación en México*, México, COMIE/SEP/CESU.

INEGI (1999) 4ª ed. *Estadísticas Históricas de México*, vol. I, México, D. F. Secretaría de Gobernación / Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

Ortiz Gutiérrez, M. T. / Cervera, C., Carrillo, C. y Tovar, M. G. (2006) “Ser maestra, los comienzos”. Entrevista realizada el día 11 de marzo de 2006, en el domicilio de la entrevistada, en la ciudad de León, Gto.

-
- Peregrina A. (2006) “La carrera magisterial: una opción para las mujeres de Guadalajara (1900-1925), en *Sinéctica*, Revista del Departamento de Educación y Valores del ITESO. No. 28, febrero-julio de 2006. México, ITESO.
- Popkewitz, T. S., *et. al.* (2003) (compiladores) *Historia cultural y escolarización*, Pomares, Barcelona-México
- Tenorth, H. E. (2003) “Nueva historia cultural de la educación: perspectiva del desarrollo de la historia de la investigación de la educación” en Thomas S. Popkewitz, *et. al.* (compiladores). *Historia cultural y escolarización*, Barcelona-México, Pomares.
- Vaca, A. (2006) “Educadoras, política y religión en Jalisco”, en *Sinéctica*, Revista del Departamento de Educación y Valores del ITESO. No. 28, febrero-julio de 2006. México, ITESO.